



## La democracia no es tan difícil

El politólogo Antón Losada defiende en este artículo la necesidad de una apuesta decidida por la renovación y regeneración de los partidos políticos, y algunas de las medidas necesarias para ello.

Lo anuncio desde el principio, para que nadie se llame a engaño. No estoy entre quien creen que la culpa del desapego hacia ellos o su mala imagen solo es de los políticos y de los partidos. Tampoco me hallo entre quien piensan que Internet constituye el nuevo nirvana de la participación política.

Políticos y partidos se han buscado su propia ruina. Es cierto. Pero **tenemos la calidad política que nos merecemos**. Ya lo decía Bernard Shaw, la democracia es el proceso que garantiza que no seamos gobernados mejor de lo que nos merecemos. Cuando las cosas parecían marchar solas y todos nos creíamos ricos, ya nos iba bien eso que ahora llamamos “clase política”. Que ellos se ocuparan de las cosas públicas, que dan menos dinero, mientras nosotros hacíamos nuestros negocios privados. La crisis y sus enormes costes sociales e individuales han hecho que volvamos nuestra mirada hacia la política. No nuestro afán de mayor participación democrática o transparencia. Si queremos tener mejor política y mejores partidos, tendremos que ir aprendiendo a ser mejores ciudadanos.

Nadie discute ya las enormes posibilidades que la Red y las nuevas tecnologías ofrecen a la participación activa de los ciudadanos, o a la interacción dinámica y en red entre votantes, militantes y organizaciones. Aunque conviene recordar que conforman simple instrumentos al servicio de un fin. Twitter o Facebook en sí mismos, valen nada. Es el caudal de información que conducen y el deseo de la gente por usarlos lo que realmente les da valor. Sin eso, serían tecnologías muertas. Tampoco conviene olvidar las extensas dificultades de acceso a la red que sufren muchos ciudadanos. Desigualdades técnicas y económicas que hacen de la Red un espacio mucho más cerrado, vertical y jerárquico de lo que parece, o se suele reconocer.

Mientras llega el futuro y aprendemos que la política no solo sirve para echarle la culpa a alguien por nuestras desgracias, a lo mejor, los partidos podrían intentar recuperar el interés, el aprecio y las ganas





de acercarse a ellos de la gente poniendo en práctica una serie de pequeñas y grandes reformas más inmediatas. Cambios en las cosas sencillas y cotidianas que no salen muy caros, parecen posibles y no exigen grandes despliegues tecnológicos. A fin de cuentas, la democracia no debiera ser tan complicada y la principal función de los partidos debería ser hacerla fácil.

Lo más urgente parece **democratizar la agenda de los partidos**. En todos los sentidos. Democratizar no solo la lista de las materias que se discuten o se votan en su seno. Democratizar también quién fija los procedimientos, los horarios, las convocatorias o los encuentros. Cualquiera que milite o haya militado en un partido, sabe bien que la logística, el uso de los recursos, los horarios, las reglas de votación o las materias a votar, se fijan siempre en función de los intereses y necesidades de la dirección, no de los militantes, mucho menos los activistas.

Es tiempo de transferir ese poder lejos de las direcciones locales, regionales o estatales. Depositarlo en, por ejemplo, militantes independientes que actúen como vicarios del pluralismo y la neutralidad en el acceso a los recursos comunes, en el fondo y en la forma de las decisiones. No existen partidos dinámicos y abiertos bajo el control férreo de las direcciones. Los burócratas de los partidos quieren trabajadores, no ciudadanos. O se rompe el control de las direcciones, o se rompe en nexo con la realidad social.

Democratizar la agenda de los partidos, implica también **recuperar el gusto por hablar y discutir de política** en sus sedes y foros. O las organizaciones políticas recuperan su papel de centros de agitación y pensamiento, lugares donde la gente acude a hablar de lo que le importa y a opinar y participar en la toma de las decisiones que les afectan, o no recuperaran jamás su papel central en el sistema político.

No resulta tan difícil. Se trata de organizar foros y debates donde no hablen siempre los de siempre y decidan siempre los de siempre. Se trata de programar cómo abrir las sedes e institucionalizar la discusión, y la deliberación como herramienta fundamental de la democracia. Los partidos deben aprender a operar como instrumentos al servicio de la deliberación política, no solo de la acción electoral o la agregación de intereses.

**El militante no puede seguir siendo una molestia**, alguien a quien conviene mantener alejado de la sede a toda costa para que no estorbe. Los partidos deben aprender a programar, a plantear una agenda de foros y eventos diversos donde la gente acuda porque siente que su opinión se escucha y es tenida en cuenta. No que se le trata como un decorado para los telediarios.

Las nuevas agendas de los partidos, demandan **nuevos roles en los partidos**. Entre el militante y el votante, existe un universo de posibilidades habitado por ciudadanos dispuestos a implicarse en los





asuntos públicos, siempre que se les ofrezca un formato que se adapte a su disponibilidad y grado de compromiso. Sin menoscabar la figura clave del militante, resulta necesario habilitar nuevas formas de participación para activistas, simpatizantes, votantes declarados o incluso para no votantes. Tampoco parece tan difícil. Se trata de modificar las reglas de participación para permitir a cada ciudadano escoger el tipo de relación que quiere establecer con la política.

Las primarias abiertas suponen un paso en la dirección correcta. Pero no parece suficiente, a la vista de su excepcionalidad. El objetivo debe ser convertir en cotidianos los formatos de participación para quien quiera implicarse como activista, cooperar como simpatizante, ayudar como votante o debatir como no votante.

Los nuevos partidos necesitan **nuevas reglas para el liderazgo**. Ha llegado la hora de acabar con las direcciones eternas, las familias que se suceden a sí mismas o los caudillajes inasequibles a la renovación. Los partidos deben institucionalizar las fórmulas de rotación y transparencia tanto en la designación de cargos como en la toma de decisiones, si quieren dejar de ser armatostes al servicio de unas elites dirigentes pequeñas e instaladas en el monocultivo de la mediocridad.

Una vez más, tampoco se antoja tan difícil. Como sucede en tantos puestos de la administración, un partido que quiera apostar de verdad por la renovación y la regeneración debe institucionalizar, a todos los niveles, un principio tan potente y sencillo como la **limitación de mandatos posibles para sus dirigentes** o sus candidatos. Un partido que apueste por la transparencia, debe institucionalizar, a todos los niveles, los **registros públicos de bienes e intereses para sus dirigentes**.

Finalmente, un partido que aspire a la profundización en la calidad de la democracia, debiera incorporar a su corpus de propuestas una **apuesta firme, valiente y decidida por la reforma a fondo de nuestra ley electoral**. Los partidos funcionan así porque así les va bien y porque la regulación electoral les protege frente a la competencia y los votantes.

No habrá cambios en los partidos mientras las organizaciones no se vean forzadas a buscar a los mejores, como único método para asegurar los mejores resultados en un sistema político que potencia el pluralismo y la competencia entre opciones políticas. No habrá cambios en los partidos mientras las organizaciones se sigan sintiendo protegidas frente a los votantes por una legislación electoral que les permite mantener una relación a distancia, que nos les obliga a rendir cuentas cotidianas ante los electores, ni siquiera a algo tan sencillo como abrir las sedes para que los candidatos atiendan a sus votantes durante su mandato.





## ARTÍCULO DE ANÁLISIS Y OPINIÓN

3 de enero de 2012

**Antón Losada**

Profesor titular de Ciencia  
Política en la Universidad  
De Santiago de Compostela



Los partidos están llenos de gente honesta, valiente y admirable que dedica muchas horas de su tiempo a trabajar por los asuntos públicos. Demonizarlos más tiempo ya no sirve de nada y además ni siquiera resulta divertido. Se impone liberarlos para que podamos desarrollar todo su potencial. No hace falta volver a inventar ese gran invento democrático que son los partidos políticos.

